



12 Jalatlaco

Lic. Alfonso Francisco Ramírez

*J*alatlaco es un pueblecillo colindante con la ciudad de Oaxaca de Juárez. En la actualidad cuenta apenas con unos 600 habitantes. Su caserío, de miserable aspecto, nada ofrece de interés. Sin embargo, en tiempos pretéritos, fue Cabeza de Curato, comprendiendo en su jurisdicción varios poblados de alguna importancia. La escasez de agua determinó la migración de muchos de sus moradores y su inevitable postración. Su biografía ofrece rasgos aleccionadores y curiosos.

Existe una relación debida al Párroco don José Montes Arguelles y fechada el 25 de agosto de 1777. De ella vamos a tomar ciertas noticias, que nos ayudarán a fijar el perfil de este pueblo.

En acatamiento a instrucciones recibidas, que precisan los datos a recoger, y por razones de método, a fin de hacerlos más útiles e inteligibles, se comienza por consignar claras nociones topográficas.

“El pueblo de Jalatlaco –dice el relator–, de cuya cabecera es titular San Matías Apóstol, es un suburbio de la Cd. De Antequera, en el valle de Oaxaca (ciudad nobilísima en el reino de la Nueva España). La distancia que hay de ella al dicho pueblo es casi ninguna, por no haber más división que el río, que llaman

de Jalatlaco, y de él a la primera capilla o iglesia, y habitación parroquial, habrá dos cuadras regulares, estas de cien varas cada una.

“Este pueblo no tiene montaña alguna, pero si un río que corre entre Antequera y Jalatlaco, de Norte a Sur, con alguna precipitación, y cuyas aguas son dulces y sirven a los curtidores para el beneficio de todo género de pieles, aunque sus corrientes no siempre son permanentes, pues depende de lo más o menos abundante de lluvias. De modo que si las lluvias son muy copiosas en su tiempo,, duran y permanecen sus aguas en el río todo el año; si no tanto, permanece hasta febrero o marzo, y si son escasas, se secan en diciembre. Tiene un puente de un arco bien fuerte, para el tránsito de la ciudad a este pueblo, por el lado a donde está la habitación parroquial, y carece de este beneficio en el camino real, que sale de dicha ciudad para Guatemala, y las Alcaldías Mayores de Tehuantepec, Villa Alta, Nexapa e Ixtepeji, hacia el norte de este pueblo. Y aunque no es muy necesario el puente en el camino real, por llevar lo más del año poco agua el río, y a veces ninguna, sin embargo, no dejará de ser muy útil, pues cuando llueve en la montaña, de donde trae su origen este río, no se puede vadear por el camino real, siendo necesario ir a tomar el paso por el puente. Y ha sucedido que

al ir pasando una carreta, vino una creciente de repente con tal fuerza, que volcó la carreta, y de tres muchachos que iban en ella, dos se ahogaron, como sucedió en este presente año el día 16 de agosto, en que se ahogaron otros dos muchachos que se arrojaron a pasar dicho río”.

Jalatlaco se encuentra rodeado por una llanura polvorienta y yerma, que llega por el Norte, hasta las estribaciones de la Sierra de Ixtlán; y al sur alcanza los estériles montes de San Antonio de la Cal. Sólo de trecho en trecho, verdes sembradíos alteran esa monotonía cancina y cenicienta.

Sus condiciones climáticas están registradas así en el Relato: “estando la población a 17 grados y cinco minutos, estimamos la estación en invierno en un grado de frío, y la de verano en 26 o 28 de calor, y menos, con poca diferencia, en el estío y otoño; siendo en el verano grande la diferencia de calor, y en invierno el de frío. Sus vientos son por lo regular del Norte, y algo del Sur rara vez. A fines de febrero y parte de marzo, no son nocivos, siendo suaves en lo más del año, a excepción de cinco meses, desde octubre inclusive, hasta febrero, pero sin especial daño. Las tempestades se experimentan con poco exceso”.

Viene en seguida un capítulo de “Historia Natural”, en que se hace el inventario de plantas y frutales reveladores, por sus géneros y especies, de la deprimente pobreza del vecindario, asentado sobre una tierra seca y dura. “Los árboles que se dan en este pueblo, son naranjos, toronjas, limonares, granadales y palo mulato, denominado así en lo más del reino y muy útil para dar sudor. Estos son caseros, pero hay otros silvestres como son los nanchales, pitallales y tunillos, de los que forman las cercas de sus solares los indios, y su fruto es agradable al gusto.

“También produce el árbol de zapote blanco, de cuya fruta no gustan los de aquí; pero su madera es usada para hacer hormas de sombreros. Hay varias especies de nopal. Una llamada “huehue”, cuyas pencas son muy grandes y anchas, de color ceniciento. Otra nombran de “castilla”, y sus pencas son largas, grandes, gruesas y verdes. Ambos nopales producen tunas comestibles y muy agradables al paladar. Otra es la más útil, que llaman de “grana”, por ser en el que se da este género, y es de pencas medianas, así en el largo como en el ancho, y verdes. Asimismo, hay otros nopales silvestres, que naturalmente se producen en los campos, y de los que no se hace aprecio.

“Produce esta tierra la planta que llaman “cordobán”, que son muchas varas juntas, del grueso de un dedo pulgar, flexible, de pocas hojas pero de mucha leche, la cual es un purgante muy activo. La planta que llaman “chapixtle” se da también: son unas varas duras más gruesas que un dedo pulgar; sus hojas son como las de la “siempre viva” y produce en el tronco de arriba abajo, unas espinas de cuatro dedos de largo, las que siendo de las derechas, suplen la falta de alfileres. Usan de esta planta para sus cercas los indios, y no se conoce virtud alguna en ellas. También produce otros árboles silvestres, como son higos monteses, cacahuates, pochotles, guaje, mezquite, huizache y sábila. Las siembras que en este pueblo se hacen son solamente de maíz”.

Su origen y evolución se halla cuidadosamente diseñada. “Este pueblo y sus anexos –prosigue la Relación- no existían antes de la conquista del reino, y se fueron formando poco a poco (aunque no consta cómo ni cuando), por la comodidad de la intermediación a la ciudad de Antequera. De Jalatlaco hay tradición que sus primeros pobladores y fundadores fueron indios que vinieron en compañía del famoso conquistador don Fernando Cortés; y parece ser así, pues entre los barrios que componen este pueblo, hay uno nombrado Tlaxcala, otro Tlatilulco, y otro Tepeaca, tomando los nombres de aquellas ciudades, de donde traen su origen, que fueron las primeras que se conquistaron y ayudaron mucho para la conquista de lo restante del reino”.

Como prueba de su aserción, el cronista aduce las siguientes razones, muy atendibles: “Se prueba ser los indios de aquellos que vinieron de aquellas provincias o ciudades, porque de 22 idiomas que se hablan en este Obispado de Oaxaca, solamente en Jalatlaco y en la Villa de Oaxaca (que es del Duque de Terranova, distante de este pueblo solamente el territorio que ocupa la ciudad de Antequera, pues éste pueblo está contiguo a dicha ciudad por el Oriente, y aquella villa por el Poniente), se habla el idioma mexicano. De modo que aunque hay en este obispado otros curatos y pueblos en donde se habla dicho idioma; pero son los que están muy distantes, confinando con los del Obispado de Puebla, como son Teotitlán del Camino, Chacaltianguis, lo Tuxtlas, Acayucan o Ihuslapan. Pero el pueblo de Jalatlaco y la Villa de Oaxaca están en el centro del y contiguo a la capital, rodeados de pueblos donde se habla el idioma principal y más común en este Obispado, que es el zapoteco del valle, del cual ni noticia hay en el Obispado de México, ni Obispado de la Puebla. Digo que se hablaba dicho idioma mexicano en

este pueblo, porque en el tiempo presente, ya no lo usan. Sólo ha quedado tal cual indio que lo habla con los suyos entre sí. Hoy en día, los pocos que han quedado, hablan y entienden muy bien el castellano, y se administra en el dicho, y antiguamente se daba por mexicano, en cuyo idioma hay algo escrito en los libros del archivo”.

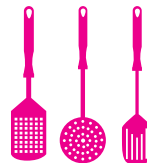
Costumbres y ceremonias significativas o pintorescas, de tiempos ya desaparecidos, en que la vida colectiva era más vigorosa, son reseñadas de forma cautivante: “pruébase asimismo ser este pueblo de Jalatlaco fundación de los primeros que vinieron con el Conquistador, porque en él se conserva y guarda la misma bandera o pendón real que trajo dicho Conquistador, muy vieja y raída en casa del Gobernador del pueblo. Y en memoria de la conquista, todos los años, el martes después de la Santísima Trinidad, la traían a la iglesia parroquial con acompañamiento de toda la República, y muchas demostraciones de alegría y regocijo. Se cantaba una misa solemne en dicha iglesia por la salud y aumento en sus felicidades espirituales y temporales de nuestro Católico Rey Señor. Y ese mismo día, por la tarde, venían el Corregidor y Regidores de la ciudad de Antequera, a caballo y sacaban dicha bandera en forma de paseo, como se acostumbra en México el día de San Hipólito y Casiano, y en dicha ciudad el día de San Marcial. Por los atrasos de los tiempos y murmuración de los moradores de este pueblo, se perdió la costumbre de venir los regidores y el Corregidor en el paseo de la bandera; pero se conserva la memoria de traerla dicho martes con acompañamiento de la República, a la Iglesia Parroquial, en donde colocada debajo de un dosel de seda, al lado del Evangelio, se canta por el Rey, que Dios guarde, una misa solemne”.

Llegamos a un momento en que las Relación, dentro de su estilo llano, objetivo y escueto, adquiere un hondo dramatismo, al narrar la progresiva despoblación de Jalatlaco, el éxodo de sus moradores acosados por la sed, que los impulsa a abandonar sus casas humildes, sus solares resguardados por espinosos cactus, en busca de un suelo más clemente: “Estuvo este pueblo en su primitiva muy poblado; pero en el día está muy aniquila-

do, de modo que apenas hay treinta vecinos indios y otros pocos de otras costas. Y se conoce lo extendido que fue, por sus casas arruinadas y paredones viejos de adobes, que se ven en las calles, que aunque angostas, están bien formadas a nivel de Oriente y Poniente y de Norte a Sur. Aunque existen unos paredones altos y antiguos de adobes, de una iglesia que dicen fue la primera fundación de la extinguida religión de la Compañía, y que en ella se enterró un compañero de San Francisco de Borja, que vino a fundar.

“La causa principal de la ruina del pueblo es la escasez de agua que padece; pues aunque tiene río, no es permanente todo el año, y solamente es útil a los que están inmediatos a él, como con efecto son las casas que más han permanecido. Pero para los distantes les era muy incómodo conducir el agua hasta sus casas, por cuya causa, los más o casi todos las abandonaron y se fueron. Antiguamente tuvieron agua corriente en el pueblo, que venía desde el pueblo de San Felipe, distante de ésta tres cuartos de legua, de la misma que va para el uso y beneficio de la ciudad de Antequera la que les concedió la merced con la pensión de ir ciertos tiempos a limpiar los caños de la ciudad, a cuya obligación faltando, les cortaron el agua, y los tomaron por sed para que desampararan su patria y casas, y se fueran a peregrinar por el mundo”.

“Siendo de notar que concediéndose antiguamente estas mercedes de aguas a muchas casas particulares sin pensión alguna, se la quitaron y negaron a un pueblo que encerraba muchos tributarios de su Majestad, solamente porque no acudieron con la pensión. Asimismo, es causa de la destrucción de este pueblo el estar muy constreñido por todas partes, reducidos a unos cuantos solares que poseen, y como no tangan instrumento por donde consten los términos de sus tierras, acudieron los indios a la Real Audiencia de México, para que se les concedieran las suficientes varas que previene la Ley, habiéndose librado una real provisión de 1,758 para el efecto. Se midieron las varas, pero se quedaron en medidas, y en la misma necesidad que antes, porque no teniendo reales para acudir a la Real Audiencia para el despacho de posesión, se quedaron sin tomarla...”



Lic. Alfonso Francisco Ramírez
Cuadernos de Oaxaca, No. 9
México, D. F. Marzo y abril de 1951